

La hormiga argentina

Italo Calvino

Traducción del italiano de
Aurora Bernárdez

Biblioteca Calvino Ediciones Siruela

Cuando vinimos a instalarnos no sabíamos nada de las hormigas. Nos parecía que estaríamos bien, el cielo y el verde eran alegres, tal vez demasiado alegres para las preocupaciones que teníamos mi mujer y yo; ¿cómo podíamos imaginar la historia de las hormigas? Pensándolo bien, el tío Augusto quizá nos había dicho algo en alguna ocasión: «Allá, tendríais que ver, las hormigas... no como aquí, las hormigas...», pero era una divagación dentro de otro tema, una cosa dicha sin darle importancia, tal vez a propósito de las hormigas que habíamos visto mientras hablábamos,

qué digo: ¿hormigas?, habríamos visto una hormiga perdida, una de esas hormigas nuestras, gordas (ahora me parecen gordas las hormigas de mi tierra), y de todos modos lo insinuado por el tío Augusto no modificaba en nada la descripción que nos estaba haciendo de esta región, donde la vida, por alguna circunstancia que él no sabía explicar bien, era más fácil, y la ganancia, si no segura, por lo menos probable, a juzgar por tantos, no por él, el tío Augusto, que se habían instalado allí.

Por qué se había sentido bien, aquí, nuestro tío, empezamos a intuirlo desde la primera noche, al ver la claridad del aire después de la cena y comprender el placer de dar vueltas por aquellas calles para salir al campo, de sentarse en el pretil de un puente como vimos que hacían algunos, y todavía más cuando encontramos una fonda donde él solía ir, con un huerto atrás, y unos tipos viejos y de estatura escasa, como él, pero fanfarrones y vocingleros,

que decían que habían sido amigos suyos, gentes sin oficio, como él, creo, jornaleros por horas, aunque uno dijo, tal vez por jactarse, que era relojero; y oímos que recordaban al tío Augusto por un sobrenombre, repetido por todos y seguido de carcajadas generales, y observamos la risa forzada de una mujer tampoco demasiado joven y un poco gorda, que estaba en el mostrador, con una blusa blanca calada. Y yo y mi mujer comprendimos cuánto debía contar todo eso para el tío Augusto, tener un sobrenombre, noches claras en que se bromeaba paseando por los puentes, y ver aquella blusa calada que aparecía viniendo de la cocina, salía al huerto, y al día siguiente unas horas descargando sacos para la fábrica de pastas y cómo allá, en nuestra tierra, él siempre añoraba ésta.

Todo lo que yo también hubiera podido apreciar, de haber sido joven y sin preocupaciones, o bien de estar instalado con toda la familia. Pero en nuestra situación,

con el niño apenas curado, buscando trabajo, casi no podíamos darnos cuenta de esas cosas que le habían bastado al tío Augusto para declararse contento, y tal vez comprenderlo era ya una tristeza porque entre gentes alegres parecíamos todavía más infelices. Ciertos problemas a lo mejor insignificantes nos preocupaban como si aumentaran de pronto nuestras angustias (y no sabíamos nada de las hormigas en ese momento) y la señora Mauro con todas las recomendaciones que nos hacía al mostrarnos la casa aumentaba nuestra impresión de que nos internábamos en un mar borrascoso. Recuerdo su largo discurso sobre el contador del gas, y con qué atención lo escuchábamos: –Sí, señora Mauro... Tendremos cuidado, señora Mauro... Esperemos que no, señora Mauro... –tanto que ni siquiera hicimos caso cuando (pero ahora lo recordamos claramente) empezó a deslizar los ojos por la pared como si leyera y pasó la punta de los

dedos y después los sacudió como si hubiese tocado agua, o arena, o polvo. Pero no pronunció la palabra «hormigas», estamos seguros; tal vez porque era natural que allí hubiese hormigas, así como había paredes, un techo, pero a mi mujer y a mí nos quedó la impresión de que había querido ocultarlo hasta el final, y que todas sus frases y recomendaciones eran para tratar de dar importancia a otras cosas que taparan aquélla.

Cuando la señora Mauro se marchó, metí los colchones y mi mujer no conseguía transportar la mesita de noche, y me llamaba, y después quiso empezar en seguida a limpiar la cocina económica y se arrodilló en el suelo, pero yo le dije: —A esta hora, ¿qué vas a hacer? Mañana veremos, ahora arreglémonos de cualquier manera para pasar la noche —el niño lloriqueaba muerto de sueño, y antes que nada había que prepararle la cesta y acostarlo. En mi tierra, para los niños, usamos una canasta

alargada, y la habíamos traído; la vaciamos de la ropa blanca con que la habíamos llenado y encontramos un buen sitio para apoyarla, una consola, en un lugar que no era ni húmedo ni demasiado alto, por si se caía. Nuestro hijo se durmió en seguida y los dos miramos la casa (una habitación dividida en dos por un tabique; cuatro paredes y un techo) que se iba llenando de nuestra presencia. –Sí, sí, de blanco, le daremos una mano de blanco –contesté a mi mujer mirando el cielo raso mientras la empujaba por un codo hacia fuera. Ella quería mirar bien otra vez el cuchitril del retrete, a la izquierda, pero yo tenía ganas de dar con ella una vuelta por el terreno; porque nuestra casa estaba en un terreno, dos grandes canteros o almácigos baldíos con un sendero en el medio, cubierto de un armazón de hierro, ahora desnudo, tal vez por haberse secado alguna planta trepadora, una calabaza o una vid. La señora Mauro tenía intención de darme

ese terreno para que cultiváramos nuestro huerto, sin pedir ningún alquiler pues hacía tiempo que estaba abandonado; pero hoy no nos había hablado del tema y nosotros no dijimos nada porque ya teníamos demasiado en que pensar. Andando así por el terreno, la primera noche queríamos convencernos de que habíamos llegado a tomar confianza y también, en cierto sentido, posesión del lugar; por primera vez era posible la idea de una continuidad en nuestra vida, de noches, una tras otra, cada vez menos angustiosas, en las que recorreríamos los almácigos. Estas cosas, naturalmente, no se las dije a mi mujer; pero estaba ansioso por ver si ella también las sentía, y en realidad me pareció que los pocos pasos que dimos tuvieron en ella el efecto que yo esperaba; ahora razonaba en voz baja, con largas pausas, y caminábamos del brazo sin que ella rechazara ese gesto propio de tiempos más prósperos.